RAIMUNDO LIDA

ELOGIO DE MAIRENA

Juan de Mairena nació —como su maestro, el metafísico Abel Martín— en las páginas de prosa que acompañan las *Poesías completas* de Antonio Machado. En libro aparte se reunieron después sus «sentencias, donaires, apuntes y recuerdos». Sentencias sobre lo humano y lo divino. Donaires a costa de las propias sentencias y de las ajenas. Recuerdos y apuntes de clase: sabido es que Mairena fue profesor (de gimnasia, aunque en sus ratos libres explicara filosofía, o, más exactamente, retórica y sofística como introducción a la filosofía).

En una de sus *Nuevas canciones* aconsejaba Machado:

> Da doble luz a tu verso:
> para leído de frente
> y al sesgo.

No sólo frente y sesgo tiene la prosa de Mairena; no sólo siete reversos, como el Gran Cero en la cosmogonía de Abel Martín. Es toda ella un juego de espejos enfrentados, deformadores y burlones, donde se hace trizas la seriedad de todo lector que no sepa reírse a tiempo de su propia seridad. Mairena sí sabe hacerlo. «Ayudadme a comprender lo que os digo, y os lo explicaré más despacio.» Y si alguna vez lo olvida, si el enciclopédico profesor honorario de retórica y sofística cae en la tentación de sofisticar y retorizar gravemente, y la cátedra empieza a volvérsele pedestal, ya acuden sus admirables discípulos para impedirle que se convierta en su propia estatua; ya acuden también los recursos de la gimnástica a hacer estallar en absurdos la pompa

de un lugar común o destripar con un retruécano el párrafo más empenachado.

Entre el gimnasta y el filósofo, entre los discípulos y el maestro, entre la sombra de Abel Martín y la de Jorge Meneses, criatura de Mairena y creador a su vez de una estupenda Máquina de Cantar, ¡qué red de afirmaciones, réplicas y dudas (dudas no menos fervorosas que las afirmaciones y las réplicas)! Inútil pedirle al autor que nos las despeje. El autor no escribe para despejar incógnitas en el papel, sino para expresar fielmente, dividiéndose en personajes contradictorios, la incógnita en su misma complejidad, el conflicto que le acosa y el diálogo sin fin de su propia conciencia. Si aparece en el escenario, lo hace como un personaje más, como una máscara entre las otras. Si toma la palabra, no será para transmitir impersonalmente la doctrina de Mairena. Es un Eckermann irrespetuoso y arisco que no pierde ocasión de comentar zumbonamente al maestro ni de sorprenderlo en falta; ejemplo, la deliciosa «Plancha» del capítulo IV («Yo no puedo imaginar, señores, una Rusia marxista, porque...»). Machado no nos dejará oír su propia voz. Mejor que pedirle claves simplificadoras, tratemos de ver qué cuestiones solicitan la atención de su personaje. Mejor que consignar cada sí y cada no con que conteste a los problemas que se le lleven planteados, será consignar los problemas que se plantea él mismo, aunque no conteste por sí y por no.

Preocupación central de Mairena es ya esa primaria alternativa del sí y el no. Le exaspera verla trivializada en un mecanismo de respuestas automáticas: la fórmula diáfana e insustancial con que se orillan las dificultades y se sacrifican los mil puntos de vista posibles a uno solo arbitrariamente elegido: el «¡claro, claro!» con que el interlocutor que todo lo entiende paraliza y mata las ideas en cuanto las hace suyas; el vaivén perezoso entre términos falsamente opuestos y exclusivos; el lugar común tomado por sentido común.

Para Mairena el juego del sí y el no de esa razón automática es apenas símbolo de otra más escondida y profunda razón. Por un punto cualquiera, la inteligencia puede hacer pasar cuantos ejes desee, con el sí en un extremo y el no en el otro. Tarea tan fácil como baldía la de atender a uno sólo de esos ejes y elegir entre sus dos polos. Lo difícil, lo que no hará nunca la razón mecánica, poco amiga de ejercicios violentos ni de espectáculos vertiginosos, es atreverse

—hazaña de poeta y gimnasta— a abarcar los dos polos como implicados el uno en el otro, y a comprobar que la recta a que ambos pertenecen no es más que una entre tantas. No sólo dualidad, pues, sino inefable pluralidad de cada cosa. En muchas de las parciales enseñanzas de Mairena late esa convicción, figurada hasta en la estructura misma del libro, con su entrecruzamiento de planos y personajes, su estudiado desorden, sus monólogos errabundos, tantas veces interrumpidos por la pregunta sin respuesta o por la sospecha de que «bien pudiera ser al revés».

Lo uno y lo otro, inseparables. No nos extrañe que, con ese don de ver al mismo tiempo la cara y la cruz de todo, Juan de Mairena se complazca, como Valéry, en dirigir la mirada a los puntos en que el movimiento del espíritu se separa en corrientes opuestas y donde, por lo mismo, los opuestos aún confunden sus aguas; en primer lugar, a esas zonas del alma donde todavía «las empresas del conocimiento y las operaciones del arte son igualmente posibles». Ya Abel Martín, el maestro, recordaba al morir:

> Viví, dormí, soñé, y hasta he creado
> un hombre que vigila
> el sueño, algo mejor que lo soñado.

A Mairena, el soñar y el vigilar los sueños le preocupan por igual. Poesía (y también Metafísica), Poética (y en general Filosofía). Para él, la filosofía de lo poético es el mejor de los caminos hacia la Filosofía, con mayúscula. Camino de ida y de vuelta. «De lo uno a lo otro, en esto como en todo», dice el discípulo de Abel Martín recordando su doctrina de la radical alteridad del ser. Y en uno de sus memorables vaticinios anuncia el día en que los poetas cantarán lo intemporal metafísico y los filósofos silogizarán sobre la huída angustiosa del tiempo y el trágico desamparo y soledad del hombre al borde de la nada. Vago presentimiento —explica Machado— de un poeta a lo Valéry y un filósofo a lo Heidegger; y anticipación fácil, porque era inevitable que poesía y filosofía acabaran por extremar en tipos absolutos sus habituales interferencias. «Los grandes poetas son metafísicos fracasados; los grandes filósofos son poetas que creen en la realidad de sus poemas», hace decir el poeta Antonio Machado a su personaje, como el filósofo Jorge Santayana al suyo.

Pero ¿por qué, en Machado, ese bremondismo laico y

vergonzante, esa arbitraria desvalorización del poeta, ¡del gran poeta!, frente al metafísico? Si triunfo y derrota se miden según la dignidad de los materiales que el metafísico y el poeta hacen entrar en sus respectivos mundos, o según sus modos de elaborarlos, ¿por qué la construcción poética ha de ser fracaso de la construcción metafísica, que utiliza sus mismos materiales, sólo que envolviéndolos, a veces, con mayor o menor grado de lucidez y consecuencia, en formas de expresión análogas a las del saber objetivo y comprobable? No son metafísica fallida los admirables versos de Machado. Y para evitar que se precipitaran en lo prosaico, no ha necesitado el poeta aligerar su carga de genuina metafísica. Para que las ideas alcen el vuelo poético, no es menester ahuecarlas: sólo se requiere una especial capacidad de orientación y gobierno, con que, por muy densas que sean, puedan atravesar el aire sin estorbo.

La poesía no es, para Mairena, *lo otro* de la metafísica. Hay, sí, quienes acaban por creer en la validez objetiva de sus propios sueños cuando los han entretejido de «ya hemos visto» y «por lo tanto». A la filosofía de esos filósofos opone Mairena la suya, epigramática y socarrona. «Se moquer de la philosophie c'est vraiment philosopher»; es por lo menos un modo bien español de filosofar. Español, el de Mairena, en sus ardides de guerrillero. Español en la hostilidad a los sistemas, no tanto porque sean versión infiel y ripiosa de unas aisladas experiencias personales, como por lo que tienen de orden trabajosamente impuesto y expuesto. Y hasta eso de que nos revele como auténtico y radical filosofar lo que a primera vista parece ejercicio de humorismo anti-filosófico, eso también debe ser secreto de raza: de raza acostumbrada a lanzarse en busca de oriente volviendo hacia occidente la proa de sus carabelas.

Así vio Rubén Darío al joven Antonio Machado en *El canto errante:*

> Era luminoso y profundo
> como era hombre de buena fe.

Y así en *Opiniones:* «Ha escrito poco y meditado mucho. Su vida es la de un filósofo estoico. Sabe decir sus ensueños en frases hondas. Se interna en la existencia de las cosas, en la naturaleza. Tal verso suyo sobre la tierra habría encantado a Lucrecio.»

Sólo que Machado ha sabido crecer maravillosamente. Su

buena fe no es la del simple; las cosas en cuya existencia se interna su poesía no son naturaleza inerte, no son tierra. Machado es poeta de alta y generosa inspiración. Cuando en una de las zonas marginales de su amplia poesía la carga irónica y reflexiva de sus versos crezca a tal punto que deba ceder a la prosa parte de su riqueza, veremos nacer este diario travieso, tesoro de alegría y de meditación. El *Juan de Mairena* se ahonda y florece como nunca en los años de la guerra civil. Y la edición final —póstuma— de este libro diccionario filosófico podrá ofrecernos así, envuelta en un humorismo grave e incitante, su cosecha sin par: admirables sentencias del profesor apócrifo sobre el pueblo y los señoritos, sobre Inglaterra y Alemania, sobre guerra y paz, sobre ideas y creencias, sobre cristianismo y comunismo, sobre Bergson y Heidegger, sobre Cristo y los sacristanes, sobre la ola de cinismo que amenaza al mundo, sobre la vida y muerte de España, sobre «el maestro Unamuno», a quien se consagran los últimos renglones del libro.

En la amistad, en la poesía y en la reflexión conmovida se encontraron felizmente Unamuno y Machado. También la muerte los unió. Ambos se vieron desgarrados por el desgarramiento de España: apasionados y clarividentes, cada cual lo sufrió a su modo. A ambos tendrá que acudir, como a testigos supremos, el historiador de la conciencia española. Y tendrá que interrogar una y otra vez, no sólo los versos de Antonio Machado, sino las prosas de Juan de Mairena, genial invención de un poeta «luminoso y profundo».

Letras hispánicas, Méjico (1948), pp. 179-184.